EDITORIAL

La plaga Fujimori regresó a Palacio de Gobierno

El 28 de julio de 2026 se consumó una de las mayores afrentas al pueblo peruano: Keiko Fujimori, hija del criminal y corrupto dictador Alberto Fujimori , asumió la presidencia del Perú para, como ella misma dijo, gobernar como su padre. Aunque la mafia fujimorista se había enquistado en el poder desde los años 90, la llegada de la hija "K" representó una nueva bofetada para quienes luchan por una sociedad más justa y respetuosa de los derechos humanos.

La lideresa de Fuerza Popular prometió enfrentar la crisis nacional con mano dura, conservadurismo social y una política económica favorable a la inversión privada, medidas propias del neoliberalismo de Trump, Milei y otros gobernantes de extrema derecha. Una formidable manipulación mediática consiguió que buena parte de la población creyera ingenuamente en este discurso y le otorgara su voto.

Tras sus primeros 90 días de gobierno, podemos constatar la ineptitud de "K" para dirigir el país o su voluntad de entregarlo a EE. UU. y su "Escudo de las Américas". Su primer gran error fue basar su cacareada política de seguridad en la policía y los militares, instituciones profundamente contaminadas por la corrupción y frecuentemente vinculadas con sicarios, extorsionadores y delincuentes comunes.

Otra jugada sospechosa fue solicitar facultades legislativas durante 120 días en 66 materias, que el Congreso redujo a seguridad ciudadana y el fenómeno de El Niño. Combatir la delincuencia y afrontar las emergencias naturales no puede justificar la concentración del poder ni el debilitamiento de los controles democráticos.

En educación, "K" pretende endurecer la disciplina escolar y revisar los textos para eliminar lo que denomina "ideología". Pero ¿quién decide qué se enseña y cómo se cuenta la historia del Perú? La escuela debe formar ciudadanos críticos, no imponer una visión reaccionaria ni blanquear el pasado criminal fujimorista, ocultando las violaciones de derechos humanos y sacrificando la memoria de las víctimas.

En lo económico, el discurso de favorecer la inversión privada para generar empleo es un cuento viejo. Mientras los beneficios se concentren en los ricos y los sectores populares soporten el peso de la crisis, el pueblo volverá a levantarse por mejores salarios, servicios públicos de calidad y justicia social.

El Perú necesita una alternativa democrática y popular que combata el crimen sin atropellar derechos, defienda la memoria histórica y priorice las necesidades de las mayorías trabajadoras.

Por eso saludamos el triunfo de Luiz Inácio Lula da Silva en el Brasil quien, gracias a la organización y lucha de las clases trabajadoras, ha derrotado al bolsonarismo, dándonos así a los peruanos ejemplo e inspiración para expulsar al fujimorismo.